

La sociedad global de la información: Un envite geopolítico

*Armand Mattelart**

El paradigma tecnoinformacional se ha convertido en el pivote de un proyecto geopolítico cuya función es la de garantizar la reordenación geoeconómica del planeta en tomo a los valores de la democracia de mercado y en un mundo unipolar. El horizonte planetario condiciona las formas y manifestaciones de protesta contra el orden mundial en gestación.

Guerra y paz en un mundo unipolar

Revolución en los asuntos diplomáticos

El lenguaje revolucionario ha emigrado hacia el campo del liberalismo que ha convertido la noción de «revolución de la información» en una expresión-baúl tipo muñeca rusa de pretensiones totalizantes: revolución en los asuntos diplomáticos, revolución en los asuntos militares, revolución gerencial. Veamos a qué representación del orden mundial se refiere cada una de ellas. Empezando por la «revolución en los asuntos diplomáticos».

Unas tres décadas después de los análisis de Zbigniew Brzezinski sobre el advenimiento de la era tecnotrónica, el concepto de la «diplomacia de las redes» reconfigura los parámetros de la hegemonía: «El saber, más que nunca, es poder -afirman el politólogo Joseph S. Nye y el almirante William A. Owens, consejeros de la Casa Blanca-. El único país que está en disposición de llevar a cabo la revolución de la información es Estados Unidos. Fuerza multiplicadora de la diplomacia norteamericana, el eje de las tecnologías de la información fundamenta el *soft power*, la seducción ejercida por la democracia norteamericana y los mercados libres» (Nye y Owens, 1966, pág. 20). Las fuentes del nuevo poder son la información libre (la que crea el *marketing*, la televisión y los medios, la propaganda, sin «compensación financiera»); la información comercial, que tiene un precio y que está en el principio del comercio electrónico; la información

* En: Mattelart, Armand. *Historia de la sociedad de la información*. Cap. 6. Paidós, Barcelona, 2002. pp. 135-160.

estratégica, tan vieja como el espionaje (Keohane y Nye, 1998). El sistema informacional, el *web* para empezar, se convierte en el vector de la «ampliación de una comunidad pacífica de democracias, máxima garantía de un mundo seguro, libre y próspero» (*Ibid.*, pág. 36). El *soft power* es la capacidad de engendrar en el otro el deseo de aquello que usted quiere que desee, la facultad de llevarle a aceptar normas e instituciones que producen el comportamiento deseado. Es la capacidad de alcanzar objetivos mediante la seducción antes que por la coerción. «El *soft power* reposa en el atractivo que ejercen las ideas o en la aptitud para fijar el orden del día de tal forma que modela las preferencias de los demás. Si un Estado consigue que su poder sea legítimo a los ojos de los demás y logra instaurar instituciones internacionales que los anima a encauzar o limitar sus actividades, ya no hay necesidad de gastar tantos recursos económicos y militares tradicionalmente costosos» (Nye, 1990).

Por su parte, los estrategas emplean otra noción: *netwar*. El término se aplica a las nuevas formas de conflictos de baja intensidad protagonizados por actores no estatales que cortocircuitan las jerarquías gubernamentales a través de las redes y que exigen, por parte de estas últimas, una respuesta por esta misma vía. En el apartado «actores no estatales», los estrategas incluyen tanto a los movimientos llamados activistas o participativos, como a las organizaciones no gubernamentales, los movimientos guerrilleros, los terroristas o los cárteles de la droga! Una estrategia en concreto ha cautivado la precoz atención de los especialistas: la que fuera desarrollada por el movimiento neozapatista desde diciembre de 1994, fecha de su primera campaña de información internacional. Retransmitida por Internet a través de una red de organizaciones no gubernamentales en el interior de México, en Estados Unidos y en Canadá, que ya se había constituido y movilizado previamente con ocasión de las protestas contra el Tratado de libre comercio suscrito por estos tres países, esta primera acción había logrado que interviniera la presión internacional contra la ofensiva programada por el ejército para liquidar la guerrilla de Chiapas. Desde entonces, las revistas del ejército norteamericano y los asesores militares han incluido esta experiencia entre los casos prácticos (Swett, 1995). La Rand incluso ha producido, a petición del Pentágono, un informe titulado *The Zapatista Social Netwar in Mexico* (Arquilla y Ronfeldt, 1998). La formalización de la doctrina está aguijoneada por el diagnóstico sobre la vulnerabilidad de las redes frente a los ataques de grupos terroristas o de piratas informáticos organizados (*hacktivists*). El temor de un *electronic Pearl Harbor* ha suscitado numerosas iniciativas tanto del FBI como del Pentágono con el fin de organizar la defensa del «sistema nervioso de la nación». El FBI, por ejemplo, se ha dotado de un centro de protección de la infra-estructura nacional. En cuanto al US Army, ha creado nuevas unidades

de «guerra de la información» para intervenir en las redes informáticas internacionales. El díptico *Netwar* y *Cyberwar* expresa los dos componentes de la guerra del conocimiento, la «noopolítica», neologismo derivado explícitamente de la noción de noosfera elaborada por el padre Teilhard de Chardin (Arquilla y Ronfeldt, 1999). El término *cyberwar* se aplica a los conflictos de tipo militar, a gran escala, pero modificados en sus formas por las tecnologías de la inteligencia.

Revolución en los asuntos militares:

Information dominance

En 1995, durante las discusiones de cara a un acuerdo de paz en Dayton, la cartografía virtual en tres dimensiones de Bosnia, obtenida gracias al sistema de visualización del terreno *Powerscene* y proyectada en una gran pantalla de televisión en la sala de negociaciones, logró poner de acuerdo a los presidentes de Bosnia, Croacia y Serbia sobre las líneas de alto el fuego. Lo que no es tan conocido es que durante esas mismas sesiones, el *software* de simulación *Powerscene* también fue utilizado para demostrar a las partes en conflicto cómo los aviones de la OTAN podían, en el caso de que fracasaran las negociaciones, alcanzar sus objetivos con una precisión insospechable (Anselmo, 1995). Estas nuevas herramientas internacionales ponen de relieve una de las dimensiones de la «revolución en los asuntos militares» de la que se jactan los estrategas del Pentágono que han hecho de esta experiencia bosnia un ejemplo antológico de «*management* virtual de una crisis».

Los conflictos en la ex-Yugoslavia y, con anterioridad, el del Golfo -guerras todas ellas que han visto cómo la OTAN se convertía en una organización de seguridad casi autónoma, que decidía por su cuenta las operaciones militares- han precipitado la mutación geoestratégica. La supremacía norteamericana en el ámbito de las tecnologías de la información se ha confirmado sobre el terreno. Tecnologías conocidas en la jerga militar bajo el acrónimo de C4ISR: Comando / Control / Comunicaciones / Computación / Inteligencia / Vigilancia / Reconocimiento. La *Information dominance*, repercusión del programa reaganiano de la *Strategic Computing Initiative*, moldea el discurso sobre la figura ideal e idealizada de la guerra perfecta, limpia, la guerra de «intervenciones quirúrgicas» y de «daños colaterales».

La noción de «interés nacional norteamericano» se actualiza en función de la nueva posición de Estados Unidos como *lonely superpower*, según la expresión de S. Huntington, cabeza del «sistema de sistemas». Nada de intervenciones en las guerras de los «Estados

fallidos» (*failed States*), irrecuperables, empantanados en conflictos tribales u otras guerras que pertenecen a las edades preinformacionales. Éstas, por ejemplo, que están en el origen de la implosión africana. La estructura estatal está en descomposición y, de todas formas, se muestra incapaz de acometer las tareas geoeconómicas que le asignaría el nuevo orden global (Joxe, 1996). La guerra moral, emprendida en nombre del universalismo de los derechos humanos, tiene, pues, limitados sus espacios de intervención. A pesar de las informaciones de que disponían, los occidentales, en la primavera de 1994, han dejado que los extremistas hutus masacraran a cerca de un millón de civiles tutsis en un plazo de cien días.

Por último, la nueva doctrina se adapta a la lógica de fondo de la globalización de la economía. La aceleración de la construcción del mundo como sistema obliga a razonar en términos de estrategia ofensiva de la ampliación (*enlargement*) pacífica del mercado-mundo. Ha pasado la época de la estrategia defensiva del *containment* en un teatro de operaciones bipolar. La estrategia de seguridad global incorpora la primacía de la extensión del modelo universalista de la *freemarket democracy* para cuya realización es esencial el control de las redes (Gompert, 1998). Está justificada la cooptación del mercado, máxime cuando, alegan los estrategas, más del 95% de las comunicaciones del Pentágono viajan desde entonces por líneas civiles.

El nuevo enfoque de la guerra ha encontrado a su propagandista en un éxito editorial: *War and Anti-War*. Esta obra, redactada por Alvin y Heidi Toffler después de la guerra del Golfo, proporciona una clave interpretativa del cambio de doctrina, tan reveladora que los estrategas de la defensa han imitado su léxico (Toffler, A. y H., 1993). En ella se desmenuza la convergencia entre la esfera civil y la esfera militar. El tópico de las olas de la historia sirve para jerarquizar las guerras según pertenezcan a la primera ola (agraria), a la segunda (industrial) o a la tercera ola. La ola civilizacional que consagra la preeminencia del «recurso intangible», categoría en la que los autores incluyen las ideas, la innovación, los valores, la imaginación, los símbolos y las imágenes.

Empantanada en el determinismo técnico, la desmesurada fe depositada por las agencias de seguridad nacional en el poder omnímodo de la información (inteligencia) recogida mediante el sofisticado dispositivo de satélites espías y de sistemas planetarios de escucha de las comunicaciones ha sido cogida en falta cuando se trataba de detectar los preparativos de los atentados apocalípticos que, el 11 de septiembre de 2001, han destruido, en Nueva York y en Washington, los símbolos de la hegemonía del *lonely superpower*. La opción «tecnología a

tope» en detrimento de la información humana ha resultado especialmente irrisoria frente a un enemigo sin rostro, agente del nuevo «terror global».

Obnubilados por las asépticas victorias contra Bagdad y Belgrado, los expertos de la llamada revolución de los asuntos militares se han equivocado en sus predicciones. La doctrina de la No Dead War, de los «cero muertos» (en sus propias filas), proclamada tras la guerra del Golfo, se reveló enseguida inadecuada. La máquina militar debió constatar que no había hecho su revolución frente a un nuevo enemigo y en un nuevo campo de batalla, según los propios términos utilizados por la secretaría de Defensa: los enfrentamientos llamados asimétricos que oponen un ejército regular y un adversario que toma la iniciativa y, de repente, no respeta las reglas del juego.

El manifiesto del capitalismo sin fricciones

Un mundo sin mediadores

Los discursos apologéticos sobre la sociedad de la información caracolean entre dos axiomas opuestos: la entrada en la nueva era de las mediaciones o la salida de esta misma era. La contradicción que implica este juego con dos tableros sólo es aparente. Porque el par de argumentos converge para atestiguar el fin de los grandes determinantes sociales y económicos en la construcción de los modelos de implantación de las tecnologías digitales y de sus redes. Tan omnipresente es la tendencia a expurgar la noción misma de poder. El primer axioma supone que las infinitas mediaciones convocan tal abanico de actores que el tecnosistema mundial ha alcanzado tal nivel de complejidad que resulta acéfalo, y que, por tanto, nadie es responsable. Es el discurso de los teóricos del *management* global para quienes el mundo no sólo «carece de fronteras» (*borderless*) sino también de «líder» (*leaderless*) (Ohmae, 1985, 1995). El segundo defiende la tesis de la desintermediación en todas las direcciones. Bill Gates, convencido de ser el inventor de un «capitalismo libre de fricciones» repite machaconamente, a través de sus éxitos editoriales, que los vendedores proporcionan directamente a los compradores informaciones más amplias sobre sus productos y servicios. Y que, a cambio, estos últimos los retribuyen proporcionándoles más informaciones sobre sus gustos y sus hábitos de compra.

El comercio en línea cortocircuita a los intermediarios y restaura la fluidez del intercambio. Este toma y daca un tanto especial escamotea evidentemente el afinamiento de las técnicas de rastreo y fidelización del «capital cliente», el proceso de taylorización creciente del campo del consumo.

La economía global, sistema de inteligencia global

La estrategia de ampliación determina la adaptación del sistema satelitario de televigilancia global a los imperativos de la guerra comercial. Así, la red Echelon, instalada con el mayor de los secretos, en 1948, por los Estados Unidos y sus cuatro afiliados (Canadá, Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda) con el fin de recoger la máxima información militar sobre la Unión Soviética y sus aliados, ha sido reconvertida en un sistema de inteligencia económica. Este sistema de escuchas salvajes, cuyo artífice es la National Security Agency (NSA), dependiente del Pentágono, intercepta, con toda impunidad y utilizando para sus transmisiones los satélites civiles Intelsat, las llamadas telefónicas, faxes y correos electrónicos de las empresas extranjeras. Ciertas organizaciones no gubernamentales como Greenpeace, también figuran entre sus objetivos.

Tres indicios revelan la importancia concedida a la *Global Information Dominance*. En 1996, el Pentágono ha creado, junto a la NSA, una nueva agencia: la National Imagery and Mapping Agency. Uno de los objetivos es el de controlar y centralizar la explotación comercial del flujo de la imagería espacial en el mundo. En mayo de 2000, los Estados Unidos han suprimido la interferencia selectiva de su sistema de posicionamiento GPS (Global Positioning System). Lanzado con fines militares en los años setenta, este sistema de localización en cualquier punto del planeta ha sido abierto durante la década siguiente a los usuarios civiles, aunque con una precisión degradada. Uno de los elementos que motiva este cambio es el de prevenir la posible competencia del proyecto europeo Galileo de construcción de un sistema mundial de detección terrestre.

Por último, en el 2001, los Estados Unidos han lanzado un masivo programa de satélites espías bajo la responsabilidad de la National Reconnaissance Office (NRO) que, por cuenta del ejército del aire, está encargada de planificar el espionaje via satélite y trabaja con la NSA. En el 2001, el NRO explotaba, permanentemente, seis satélites espías (tres de clase KeyHole para la observación óptica e infrarroja con tiempo bueno o cubierto, Lacrosse para el reconocimiento con radar, con mal tiempo o de noche). Bautizado como Future Imagery Architecture, el nuevo proyecto consiste en pasar a explotar, a partir del año 2005, una constelación de veinticuatro satélites espías que pesan la tercera parte que los anteriores y son capaces de recoger, según los casos, entre ocho y veinte veces más imágenes con una precisión de quince centímetros. Según los expertos, se trata del programa más caro en la historia de la «comunidad de la inteligencia».

El proyecto de panóptico global descubre sus afinidades con el proyecto de panóptico en la vida cotidiana. Guando menos es lo que incita a pensar el artículo de un oficial de inteligencia en la *Military Review*, revista oficial del ejército norteamericano. Al comentar los sustanciales progresos alcanzados en el ámbito del *software* (Maplinx y Lotus Domino), que permiten que los especialistas en *marketing* puedan elaborar detallados mapas virtuales de los consumidores, con sus características y movimiento de compras y muchos otros datos con sus gestos y flujos de mercancías, concluye: «De la misma forma que Bill Gates adapta estos procedimientos a la vida del consumidor, los militares y los diplomáticos deberían empezar a explorar su aplicación a los mecanismos de prevención de conflictos [...] Esto es de máxima importancia porque el sector del consumo y el sector militar están convergiendo. Lo cual implica que el uno puede ayudar al otro a prever los conflictos» (Thomas, 1999, pág. 56).

En cuanto a Nicholas Negroponte, no se cansa de recalcar el *leitmotiv* del fin de ese mediador colectivo que es el Estado-nación. Incluso es uno de los tópicos de su éxito editorial *Being Digital*, en el que ha recopilado algunas de las crónicas que escribe en la revista *Wired*. Dice que, a semejanza de una fuerza neodarwiniana a la que es imposible «parar», por no decir «encauzar», la red convierte en nulas y sin valor las nociones de centralidad, territorialidad y materialidad. Las cuatro virtudes cardinales de la sociedad informacional -«descentralizar», «globalizar», «armonizar» y «dar plenos poderes para hacer» (*empowerment*)- están en vías de derribar al arcaico Leviathan. «Nosotros nos socializaremos en barrios digitales en los que el espacio físico ya no será pertinente. Lo digital supondrá cada vez menos dependencia de un lugar específico y de un tiempo específico» (Negroponte, 1995, pág. 165). ¿A quién apodera? Al individuo-electrón libre y soberano en un mercado libre.

La desaparición del Estado se compensa con el regreso al sueño comunitario en el que se cruzan las referencias a Jefferson, a las comunidades californianas de los años setenta o al comunitarismo (Kapor, 1993). Los tecnolibertarios lo han convertido en su catecismo. La liberación respecto de un Estado al que se considera omnipresente es el eje central de la «Declaración de independencia del ciberespacio», proclamada por el cofundador de la Electronic Frontier Foundation, y la carta de los pioneros de Well (*Whole Earth 'Lectronic Link*), fundado en California en 1985 (Barlow, 1996; Rheingold, 1993). El mito de la «nueva frontera electrónica», mito fundador por excelencia, es compartido por todos los independentistas del ciberespacio. El manifiesto «The Cyberspace and the American Dream: A Magna. Carta for the Knowledge Age», redactado en 1994 por un colectivo y distribuido por la Progress and Freedom Foundation, recicla, casi palabra por palabra,

los argumentos popularizados por Alvin Toffler unos veinte años antes. «La complejidad de la tercera ola es demasiado grande para ser gestionada por una burocracia centralmente planificada. Desmasificación, personalización del consumidor, individualidad, libertad, tales son las claves del éxito para la civilización de la tercera ola [...] Si hay una "política industrial para la era del saber", debería centrarse en la supresión de las barreras a la competencia y en la desregulación masiva de las telecomunicaciones y del procesamiento de datos» (Dyson, Gilder, Keyworth, Toffler, 1994).

**La industrialización de la formación:
¿muerte del intermediario?**

El estudio sobre la industrialización de la formación que ha realizado un grupo de investigadores franceses y quebequenses, en la intersección de las ciencias de la comunicación con las ciencias de la educación, deja en mal lugar la creencia espontaneista que segrega la alucinación tecnológica. He aquí un extracto: «Frente a las órdenes tajantes que, de este modo, se le dirigen, en la escuela o fuera de la escuela, el usuario de la formación no dispone ni de los medios ni del margen de maniobra del consumidor ordinario de las industrias culturales. La razón estriba en que, privado, casi por definición, del conocimiento previo de lo que tiene que conocer, tiene pocas posibilidades de encontrar en sí los medios de su autonomía en el cara a cara, mucho más apremiante de lo que parece, con los recursos disponibles. De hecho, debido a una suerte de circularidad viciosa, se le pide que en la línea de salida ya tenga las aptitudes que se supone debe adquirir en la línea de llegada. En estas condiciones, más allá de las triunfales proclamas y de las promesas de una revolución educativa que apela a la metáfora (cuando no a las reglas) de un mercado en el que prestación y adquisición tendrían por equivalentes a oferta y demanda, el proyecto de autoservicio reposa sobre un postulado que dista mucho de haber sido demostrado: el de la capacidad del usuario para constituirse desde el comienzo del proceso pedagógico en sujeto autónomo, mientras que su estatus le coloca más probablemente en la situación de tener que hacer el aprendizaje de una autonomía que sólo se adquiere definitivamente al final. En esta dirección se plantean, simultáneamente, el problema de la viabilidad y el del valor pedagógico de la transformación industrial en juego» (Moeglin, 1998, págs. 129-130). Esta reorganización de la relación educativa se inscribe dentro de lógicas sociales más amplias, especialmente vinculadas a las «tendencias hegemónicas del modelo vendedor-cliente y de las prácticas consumistas que se le atribuyen, así como a la extensión del

ideal de sociedad de peaje». Un ideal en contradicción con los «principios que rigen las esferas de producción y uso de los bienes colectivos y públicos».

Téngase en cuenta que el tema de la «deconstrucción de la universidad», obligada a someterse al *leitmotiv* de la flexibilidad empresarial, se ha convertido en uno de los puntos esenciales de la investigación crítica sobre la ideología neofordista de la sociedad del conocimiento (Robins y Webster, 1999). El envite no puede ser más crucial, toda vez que se multiplican los proyectos de megauniversidad virtual con vocación global, calcados sobre este modelo (Lapiner, 1994).

La ingravidez de las comunidades virtuales y de la neteonomía no siempre protege de la realidad. El mito tecnolibertario del fin del Estado-nación ha perdido su presencia en las cenizas de las torres gemelas del World Trade Center. Con la sagrada Unión, la América ultraliberal ha redescubierto las virtudes del nacionalismo y del intervencionismo del Estado Keynesiano.

Un mundo sin muros

Horizontalidad, transparencia, fluidez, flexibilidad, autonomía de los actores, civismo: este *prêt-à-penser** que se ha tejido en torno al paradigma, definitivamente central, de la empresa en cuanto propietaria del criterio de iniciativa y de rendimiento, se apoya, él también, en la creencia en el poder de las tecnologías informacionales (también llamadas tecnologías de la coordinación) para trastornar de cabo a rabo las relaciones sociales. El credo de la empresa-red, de fronteras porosas y difíciles de abarcar, enumera los nuevos valores gerenciales destacando el contraste con la figura opresiva del modo de organización cerrado, compartimentado y escalafonado del régimen fordista.

La estabilidad de las formas de organización y dirección jerárquica y la perennidad de la localización geográfica del poder se esfuman ante el imperativo de la adaptabilidad constante y la tendencia a deslocalizarlo todo. El poder se hace proteiforme y entra en una metamorfosis permanente.

Integración y ubicuidad son palabras claves. La trasgresión de las fronteras es su corolario, ya sean físicas o funcionales. Lo local, lo nacional y lo global encajan. Se piensa en la concepción, la producción y la comercialización de forma síncrona. El continente y el

* Literalmente, listo-para-pensar. Juego de palabras referido a la expresión del mundo de la confección *prêt-à-porter*. (N. del t.)

contenido, el *hardware* y el *software*, se abrazan. Este racimo fusional tiene su neolengua: *glocalize*, neologismo acuñado por los directores japoneses para referirse a la circularidad local/global; *intermestic*, inventado por los futurólogos norteamericanos para expresar la disipación de la línea de separación entre el espacio internacional y el espacio interior (*domestic*); «coproductor» o «prosumidor», que consagra al usuario como miembro de pleno derecho en el proceso de producción.

La noción de red es el nuevo proteo. La empresa-red se convierte en símbolo del fin de la contradicción entre trabajo y capital que ha condicionado la era industrial. Según la tesis del sociólogo Manuel Castells, sólo permanecen en liza los trabajadores en red erigidos en clase dirigente, por ser portadores del «espíritu del informacionalismo». Se vacía así al ciber mundo de sus agentes sociales y el proceso de trabajo sólo se ve a través de la relación técnica. Aunque, quíerese o no, el modo de desarrollo informacional sigue «siendo elaborado por, y puesto al servicio de, un conjunto de relaciones de propiedad con fines de acumulación, y no a la inversa» (Garnham, 2000, pág. 70).

La otra cara de la moneda. En el seno de la empresa: la presión sobre el asalariado sometido a prueba por un proyecto gerencial que debe llevar a cabo; el «formateo» de ese mismo asalariado gracias al perfeccionamiento de los métodos con vistas a conocer su personalidad y evaluar su capacidad de adaptación a determinados requisitos; la perpetuación de los procedimientos de organización industrial que imponen sus ritmos y se extienden a los oficios de los servicios, enfrentados a una fuerte competencia; la explotación de las obreras de las cadenas de montaje de la industria electrónica en las zonas francas, etc. Fuera de la empresa: el modelo gerencial que sirve de norma a la nueva «sociedad de control». Un control a corto plazo, de rotación rápida, pero continua e ilimitada, sucesora de los mecanismos de coacción de las sociedades disciplinarias (Deleuze, 1990; Deleuze y Guattari, 1991). Mecanismos represivos que, para los excluidos del sistema tecno-global, siguen siendo el horizonte de todos los días.

Un mundo sin leyes

La razón gerencial es la «versión técnica de lo político» (Legendre, 1997). La libertad de expresión ciudadana se ve obligada a cederle la mano a la «libertad de expresión comercial», es decir a dejar paso a la penetración de la *market mentality* en todos los intersticios del espacio público. Así se naturalizan la noción neopopulista de *global democratic marketplace* y, con ella, los tópicos sobre la libertad de palabra y de elección del individuo. Un individuo en ingravidez social. La definición de la «diversidad cultural»

se transmuta en pluralidad de ofertas de servicio a consumidores de libre albedrío. Es el vocabulario utilizado en los informes Bangemann, por ejemplo. Los argumentos del *lobby* de las industrias de la información contra la Directiva europea sobre protección de datos individuales son del mismo jaez. «Las restricciones en nombre de la protección de la vida privada no deben permitir que se impida el ejercicio del derecho a los negocios (*legitimate business*) por medios electrónicos tanto en el interior como en el exterior de las fronteras» (Eurobit y otros, 1995).

La libertad de comunicación no debe sufrir entredicho alguno. Las reservas que cabe expresar en relación con esta concepción de la libertad pronto serán tachadas por los grupos de presión de intentos de restauración de la censura. Sólo la sanción ejercida por el consumidor en el mercado de la libre oferta debe regir la circulación de los flujos culturales e informacionales. El principio de autorregulación deslegitima así cualquier tentativa de formulación de políticas públicas, nacionales y regionales en esta materia. No encuentran clemencia ni los interrogantes sobre el papel que ha de jugar el Estado en la organización de los sistemas de información y comunicación con el fin de preservar las vías de la expresión ciudadana de las lógicas de la segregación frente al mercado y a la técnica, ni aquellos que se refieren a la función de las organizaciones de la sociedad civil como factor de presión decisivo para exigir de la autoridad pública este arbitraje. El mundo se metamorfosea en «comunidades de consumo» (*consumption communities*). *El término de comunidad, desde luego, jamás ha sido utilizado de forma tan indiferente y hueca.*

El archipiélago de las resistencias

El tecnoapartheid

Junto con la transparencia, el igualitarismo es uno de los temas manejados por las tecnoutopías. La creencia en una nueva edad ateniense de la democracia alimenta la esperanza de salir de la espiral de la pobreza. Sin embargo, la principal enseñanza que suministra la historia es que, en el transcurso de la construcción de la economía-mundo, las formas sociales que han adoptado las redes no han dejado de ahondar las distancias entre las economías, las sociedades, las culturas repartidas según la línea de separación del desarrollo (Braudel, 1979; Wallerstein, 1990).

Las evidencias que empiezan a acumularse obligan a relativizar el despegue de las profecías sobre el poder de las herramientas reticulares para conmovir las jerarquías y hacer que retrocedan las lógicas de segregación.

El Estado mínimo

«El siglo XX no ha sido más que un paréntesis estatal [...] Respondemos a la pregunta de la pobreza diciendo que, cuanto más libremente funciona una economía, cuantos más empleos crea, mejor remunera a sus asalariados y menos pobres crea [...] La intervención del Estado sólo es necesaria en los ámbitos del ejército, de la policía y de la justicia. Todo lo demás puede gestionarlo el sector privado. Para mí, está claro que la nueva economía está en línea con este proyecto de libertad». Es lo que piensa un responsable del Cato Institute, *think tank* en la órbita de la corriente libertaria, el más radical dentro de la familia neoliberal. Doctrina única sobre las redes: la aplicación del derecho comercial común.

Otro testimonio: el del presidente de ATT que no duda en dar lecciones a los delegados gubernamentales ante la conferencia Telecom 99, organizada por la Unión Internacional de Telecomunicaciones en Ginebra: «La revolución global de las comunicaciones puede ser la primera revolución en la historia en la que no hay perdedores [...] Su motor son las fuerzas de la competición y de la tecnología. Una nueva tecnología genera una nueva competición. Y una nueva competición genera a su vez una nueva tecnología. Así es como trabaja cualquier mercado libre. En el mercado de las comunicaciones, la industria es la que debe proporcionar la tecnología y la competición. La política pública, por su parte, debe crear el entorno que permita que el motor funcione sin tirones, un entorno en el que la nueva tecnología y la nueva competición puedan entrar en el mercado sin ninguna obstrucción [...] Una vez creado el entorno para la competición, los reguladores deben dar pruebas de control de sí mismos y mantener las manos fuera del motor. Es preciso, pues, que cambie la perspectiva de la regulación».

Más concreto en sus esfuerzos de *lobbying*, el *think tank* conservador Progress and Freedom Foundation ha propuesto en su informe *La revolución de las telecomunicaciones: una oportunidad para Estados Unidos* que la propiedad del espectro electromagnético deje de considerarse como un «bien común» gestionado por las autoridades públicas y se convierta en propiedad privada. Los titulares de licencias de emisión se convertirían así en propietarios de su porción de frecuencias que serían libres de utilizar, desarrollar y vender según sus estrategias comerciales, y el resto del espectro pasaría a ese nuevo ámbito de «propiedad privada electrónica». De tal modo que los órganos de regulación públicos resultarían obsoletos. El argumento: estimular usos de frecuencias más innovadores, mediante el juego de la mano invisible de la oferta y la demanda. Esta filosofía de

autorregulación que se pone en manos de los intercambios en el mercado no deja de recordar la que prevalece en el nivel de la protección del medio ambiente en el que los agentes privados se intercambian los derechos a contaminar.

Fuentes: Boaz, D., «Entretien», *Le Monde. Cahier économie*, 25 de enero de 2000; Amstrong, M., «Technology and Public Policy. The Global Communications Revolution», *Address delivered as the Public Policy Keynote*, Telecom 99, Ginebra, 11 de octubre de 1999.

En su conferencia general celebrada en octubre de 2001, la UNESCO ha llegado a plantear el problema en el plano de las exigencias de una «infoética» y a considerar las disparidades existentes ante las nuevas tecnologías como el punto de partida de sus recomendaciones sobre «la promoción y uso del multilingüismo y el acceso universal al ciberespacio» sin los cuales el «proceso de globalización económica sería culturalmente empobrecedor, no equitativo e injusto» (UNESCO, 2001). Ha recordado, en esa misma ocasión, que «la educación básica y la alfabetización son prerequisites para el acceso universal al ciberespacio». Idénticas preocupaciones sobre la desigualdad han decidido a la institución internacional a organizar, conjuntamente con la Unión Internacional de Telecomunicaciones, una «cumbre mundial sobre la sociedad de la información», en el año 2003, en Ginebra, para discutir acerca de la necesidad de «regulación global», en relación con el carácter de «bien público global» que deberían tener la información y el conocimiento, como parte esencial de una esfera pública. En su Informe Mundial sobre el desarrollo humano para el año 1999," el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) había llamado la atención sobre la creciente marginalización informacional de una mayoría de países y, en el interior de cada país (cualquiera que sea el continente), la existencia de la línea de separación entre los info-ricos y los info-pobres, la *fractura digital*, o *digital divide*, (PNUD, 1999). «El internauta tipo –según podía leerse- es un hombre menor de treinta y cinco años, titulado superior, que dispone de elevados ingresos, vive en ciudad y habla inglés». En África del Sur, sin embargo bien dotada en comparación con el resto del continente, numerosos hospitales y las tres cuartas partes de los establecimientos escolares carecen de líneas telefónicas. Más sencillamente, podría añadirse el hecho de que, cuando están titilando las promesas de infopistas, ¡multitud de países o regiones del planeta están desprovistos de una red nacional de carreteras medianamente digna y más de seiscientos mil pueblos carecen de electricidad! De las trece mil aldeas del campo senegalés, apenas tres mil cuentan con líneas telefónicas y cerca del 65% de la población todavía es analfabeta. Por no hablar del hecho de que, hoy en día, igual que en el siglo XIX en que Londres fue lugar de paso obligado para las redes transcontinentales del sistema mundial de cables submarinos, los Estados Unidos se han convertido en la encrucijada por la que han de transitar necesariamente los internautas de los

países menos favorecidos para conectarse entre sí. Los más pobres pagan por los más ricos. Cuando un norteamericano envía un correo electrónico a un africano, el africano es el que paga. Mientras que la tarifa promedio de conexión por veinte horas de un norteamericano o de un finlandés se situaba, en el 2001, en los treinta dólares, superaba ampliamente los cien dólares en los países escasamente conectados.

La situación de la India dice mucho sobre la complejidad del sistema tecnoglobal de dos velocidades. Este país es el segundo exportador de *software*, después de los Estados Unidos, y el primer exportador de informáticos. Pero con más de mil millones de habitantes, de los que la mitad es analfabeta, en el año 2001 no disponía más que de veintiséis millones de líneas telefónicas y la tasa de penetración de Internet no llegaba al 0,2%. Dos indicios proyectan luz sobre el problema añadido de la fuga de cerebros. Una cuarta parte de las empresas informáticas creadas en Silicon Valley desde 1980 están dirigidas por indios o por chinos. Y en el año 2000 los Estados Unidos han modificado su ley sobre inmigración para facilitar la entrada de los informáticos extranjeros que les hacen falta. Los países de la tríada concentran entre ellos solos el 85% de la investigación científica, ya sea de origen privado o público: Japón y los dragones (18,6%), Europa occidental (28%), América del Norte (37,9%). Igual de inquietante, los países no industrializados que deciden deliberadamente iniciar la forzada andadura hacia la era de la información, adoptan una estrategia no sólo elitista sino también autoritaria. Es el caso de la pequeña isla Mauricio que ha tomado como modelo a Singapur para salir de la dependencia de los talleres de producción textil de las sociedades transnacionales deslocalizadas. En el otro extremo, está China popular que espera alcanzar al Primer Mundo creando zonas económicas especiales, verdaderos guetos francos, y apoyándose en un sistema piramidal de enseñanza superior. Las universidades están rigurosa y jerárquicamente clasificadas y el 15% de los bachilleres que ingresan son seleccionados en función de sus calificaciones. La estrategia de expansión comercial de Internet coexiste con la implantación de filtros que bloquean los sitios considerados como indeseables y con la obligación que tienen los usuarios de registrarse ante la administración.

La aplicación del potencial de la mutación informacional al modelo económico de la globalización salvaje convierte las distancias en *apartheid*. La era digital procede a un nuevo diseño de la fisonomía de los territorios. Centros-fortalezas, verdaderos enclaves a imagen y semejanza de las ciudades privadas norteamericanas (*new company towns*) y empresas en las que los asalariados viven aislados en espacios planificados, encerrados entre cuatro paredes en medio de la panoplia de sistemas de videovigilancia y conectados por, red, a la inversa del inmenso *no man's land* info-pobre-excluido. Los urbanistas no ocultan sus

temores de que este esquema pudiera trasplantarse a la ciudad desmaterializada del futuro: un hipercentro virtual, una «metaciudad», que sólo existe por la urbanización de las telecomunicaciones y que se está gestando en el proyecto de infopistas. Un centro que no está en ningún lugar y en todas partes a la vez, al que se accede gracias a las nuevas tecnologías, y una gran periferia desconectada (Virilio, 1996).

¿Hacia una sociedad civil global?

El acontecimiento global del tránsito al año 2000 debía ser el fallo de los ordenadores. La historia no lo decidió así. A finales de noviembre-principios de diciembre de 1999, las organizaciones no gubernamentales, los sindicatos y las asociaciones de consumidores se han movilizado masivamente en Seattle, en pleno corazón de Estados Unidos, contra las derivas y peligros de un mundo «todo mercado», con motivo de la tercera conferencia de la Organización Mundial de Comercio (OMC). Una reunión en la cumbre cuyo objetivo era el de inaugurar un nuevo ciclo de negociaciones con el fin de alcanzar un acuerdo sobre servicios (General Agreement on Trade in Services - GATS) que haría extensiva la ley del librecambio a sectores a los que cabe considerar como «bienes públicos», tales como la cultura, la sanidad, la educación y el medio ambiente. La propia legitimidad del sistema de las grandes instituciones financieras y comerciales multilaterales cuya función es la de regentar el proceso de mundialización ha quedado maltrecha. Su antidemocrático modo de operar y la sobrerrepresentación de los países ricos han sido estigmatizados. Menos espectacular pero no menos significativa, en abril de 1998, la acción concertada, escalonada a lo largo de tres años, de más de seiscientas organizaciones en unos setenta países, que a golpe de correos electrónicos y de sitios *web* había logrado interrumpir las negociaciones lanzadas por la OCDE a propósito del Acuerdo Multilateral (AMI) sobre la liberalización desaforada de las inversiones.

El efecto Seattle es tal que desde entonces no hay cumbre relacionada con los «problemas globales» que no sea objeto de protestas: Davos, Washington, Bangkok, Okinawa... Reunidos en julio de 2000 en esta ciudad japonesa, y en presencia del *gotha* de la informática, los miembros del G8 han firmado una «Carta sobre la sociedad global de la información» en la que reiteran su voluntad de defender la propiedad intelectual y luchar contra el pirateo de programas, continuar con la liberalización de las telecomunicaciones, promover normas comunes y proteger al consumidor. Incluso se ha constituido una «fuerza operacional» compuesta por expertos para proponer soluciones a la «fractura mundial en el ámbito de la información y el conocimiento». La respuesta de la calle no tardaría. El colectivo Jubilee 2000 quemó un ordenador portátil delante del centro de conferencias. Una

forma de denunciar la hipocresía que suponía proclamar una Carta llena de buenas intenciones, en la que se propone facilitar el acceso a Internet a los países pobres, y en cambio permanecer evasivo respecto del problema de la disminución de la ayuda pública al desarrollo, que ha alcanzado su nivel más bajo en los últimos cincuenta años, y sobre el de la condonación de la deuda que, para ciertos países, absorbe más de la mitad de su presupuesto anual. Detalle chusco: el subcomandante Marcos se comunica con las redes de resistencia al nuevo liberalismo ¡mediante un ordenador de las mismas características!

Durante la cumbre de Génova, en julio de 2001, los miembros del G8 han dado un nuevo impulso al proyecto aprobado en Okinawa y han respaldado un «plan de acción sobre la manera con que los e-gobiernos podrían reforzar la democracia y el estado de derecho». Este generoso anhelo contrasta, no obstante, con la extremada violencia de que hacen gala las fuerzas del orden en la represión de las manifestaciones pacíficas del movimiento antiglobalización en protesta por el intervencionismo, cada vez más evidente, de los países ricos en la gestión de los asuntos del planeta. El esquema de actuación propuesto por el mencionado «directorio del mundo» para yugular la fractura digital es, en cierto modo, un tubo de ensayo para la elaboración de una nueva gobernanza mundial que asocia el sector público con el sector privado (empresas, fundaciones filantrópicas). Los miembros del G8, en efecto, no ocultan que tienen la intención de retirarse de los canales tradicionales y burocráticos de las agencias de las Naciones Unidas y pregonan abiertamente su voluntad de conjugar eficacia e implicación del sector privado. Puede observarse el mismo esquema de colaboración en el lanzamiento, en esta misma cumbre de Génova, del «Fondo Mundial de la Salud», entre cuyos donantes figura, de forma destacada, la fundación del amo de Microsoft.

En vista de la notoriedad y los resultados de las cibermovilizaciónes desencadenadas por los actores sociales a escala mundial, las confesiones más diversas del espectro político no han tardado en pregonar el advenimiento de una «sociedad civil global». La expresión incluso ha colonizado el lenguaje de la diplomacia y la estrategia militar. Como atestigua el giro acuñado por la prestigiosa revista *Foreign Affairs*: «electronically networked global civil society». Las manipulaciones de las que es objeto la noción invitan, no obstante, a la circunspección, máxime teniendo en cuenta que la noción en sí de «sociedad civil» está lastrada por una larga historia trufada de ambigüedades.

Tal extrapolación suele hacer caso omiso de la complejidad de las reconfiguraciones que afectan al Estado-nación en su articulación con la sociedad civil

nacional, confrontados ambos con las lógicas de la mundialización. Hace todavía más agobiante una negativa a replantearse la mediación estatal fuera del *prêt-à penser* del fin del Estado-nación. Quiérase o no, el territorio del Estado-nación sigue siendo el marco histórico y funcional del ejercicio democrático, el lugar de definición del contrato social. Está muy lejos, pues, de haber alcanzado el grado de obsolescencia que le atribuyen los cruzados de la desterritorialización mediante redes interpuestas. Se necesita la miopía de los tecnolibertarios para prestar ayuda a este populismo globalitario que se prevale de la representación simplista de un Estado abstracto y maléfico, opuesto a la de una sociedad civil idealizada, espacio liberado de los intercambios entre individuos plenamente soberanos. A despecho de todos los discursos sobre la relativización del lugar que ocupan los Estados-naciones, las negociaciones de Estado a Estado siguen siendo un paso obligado para imponer una relación de fuerza contra las derivas del ultraliberalismo. Una de las tareas de la sociedad civil organizada es también la de actuar para que el Estado no se desprenda, por propia iniciativa, de su función reguladora.

El atractivo que ejercen las proezas de la red técnica corre parejo con la idea de obsolescencia de las formas anteriores de resistencia social y con otra que induce una lectura errónea de la genealogía específica de las redes sociales contemporáneas de alcance planetario. Del mismo modo que los artesanos de la «revolución en los asuntos militares» barren del mapa estratégico del globo los conflictos de la «era agraria» o de la «era industrial», el enfoque tecnicista predispone a hacer tabla rasa de las modalidades de la reivindicación, características de la llamada era preinformacional. Sin embargo, en la protesta contemporánea ante el proyecto de orden tecnoglobal, las formas de resistencia experimentadas se entremezclan con las inéditas tal y como, de hecho, lo hacen las formas de explotación y opresión por su parte. Los movimientos campesinos, con orígenes y formas de lucha ancladas en lugares muy concretos -desde los campesinos sin tierra de Brasil hasta los campesinos franceses que protestan por la «comida basura» son una de las expresiones, entre otras, del paciente trabajo de reformulación de modos de resistencia emprendido hacia finales de los años setenta a lo largo y ancho del mundo, por múltiples organizaciones ciudadanas, tanto a escala local y nacional como internacional. Y, hay que tener la honestidad de añadir, ¡con intereses y reivindicaciones no siempre ni necesariamente conciliables! La verdadera novedad es que los sindicatos, asociaciones y otros movimientos sociales que emprendían luchas que creían aisladas han empezado a tomar conciencia de que juntos constituían un archipiélago planetario de resistencias. La nueva visión alcanzada mediante la participación de una red mundial solidaria aumenta el poder de negociación a escala local.

El efecto de demostración de las experiencias de los unos influye en la práctica de los otros. Ésta es una de las principales aportaciones del primer Foro Social Mundial, organizado en Porto Alegre (Brasil) a finales del mes de enero de 2001. El objetivo de este acontecimiento, réplica del Foro Económico de los altos responsables globales en Davos (Suiza), era el de superar la fase de las quejas para iniciar la de la reflexión con vistas a la formulación de propuestas alternativas al modelo de mundialización ultraliberal. Objetivo de la máxima importancia, sobre todo cuando se conoce la tendencia de numerosos grupos protestatarios a escamotear el necesario rodeo por la formalización teórica, en nombre de la prioridad de la acción sobre el terreno. La contrapartida de la proliferación de los intercambios es que los organizadores han optado por no emitir conclusiones finales.

A estas resistencias y luchas fragmentadas les queda sin duda un largo camino por recorrer antes de llegar a una convergencia estratégica que tenga peso en las decisiones colectivas. *A fortiori*, en las que conciernen a la arquitectura de la llamada sociedad global de la información. Una cuestión estructural eminentemente política que, de manera paradójica, no siempre ocupa el lugar que debiera corresponderle en el orden del día de la reflexión que emana de las organizaciones ciudadanas guiadas por el nuevo «sentimiento de la humanidad». Una expresión acuñada por los revolucionarios de 1789 para significar el ideal que impulsa la marcha incesante de las sociedades particulares hacia formas superiores de integración en una comunidad universal.

En estos tiempos en que el miedo impregna los modos de gobernar, conviene extremar la vigilancia ciudadana. Porque desde los atentados del 11 de septiembre de 2001, la mayoría de los Estados ha reforzado sus dispositivos de seguridad en nombre de los imperativos de la lucha antiterrorista. «Cuando se tacha a la gente que hace preguntas, pide explicaciones o, incluso, emite críticas, de faltar al patriotismo, eso resulta peligroso», afirmaba el actor Robert Redford, en declaraciones al periódico *Le Monde* del 15 de diciembre de 2001. Las intromisiones, arbitrarias o legales, en las libertades colectivas e individuales, entrañan el riesgo, en efecto, de reprimir el derecho de las organizaciones de la sociedad civil a manifestar su desacuerdo respecto de las lógicas segregadoras del sistema mundial en gestación.